

Más allá de la Globalización

HACIA LA SEGUNDA MUNDIALIZACIÓN DE AMÉRICA LATINA

FERNANDO AÍNSA AMIGUES
CRICCAL, SORBONA, PARÍS

RESUMEN

Todo indica que estamos asistiendo al inicio de una segunda mundialización, cuyos componentes no serán exclusivamente económicos, sino de civilización, cultura y ciudadanía. Los signos que la anuncian son plurales: políticos (procesos de integración y regionalización), sociales (movimientos de resistencia y contestación a escala internacional) y culturales (hibridación, emigración, exilio, interculturalidad). Nuestra reflexión parte del convencimiento de que el polarizado debate alrededor del globalismo, sólo podrá superarse a partir de la elaboración de estrategias y proyectos alternativos que tengan en cuenta la vocación integradora, internacionalista y universalista de la historia occidental, en la que América Latina ha desempeñado históricamente un papel fundamental.

PALABRAS CLAVE: Globalización, Mundialización, América Latina, Interculturalidad, Integración, Mestizaje

ABSTRACT

We think that a second globalization based on not only economical items but civilization, cultural policies and citizen, are in progress. The signals that confirm this way of thought are plural, political issues, (integration processes and regionalization of services are needed), social (resistance movements at international level) and cultural policies (in a mixture, migration, exile situation and intercultural learning should be done). We are convinced that this vision of globalisation only can be overcome successfully with new strategies and alternative sustainable development projects, according to an international integrationist world in the history of Western World in which Latin America has played a very important constructive part.

KEY WORDS: *Globalisation, Latin America, ,Interculturality , World integration, Mix cultural background.*

En el recurrente y monotemático discurso contra la globalización, centrado casi exclusivamente en sus aspectos económicos y financieros, se suelen olvidar importantes distinguos ligados al proceso histórico de la mundialización cultural y civilizatoria nacida con la edad moderna y en la que el descubrimiento del Nuevo Mundo fue fundamental. A partir de ese momento, en el vasto proceso de la mundialización inaugurado convergieron otros *ismos*: las aspiraciones universalistas de la religión católica y las pretensiones de la civilización occidental erigida como paradigma de la modernidad; el *internacionalismo* del que la “Internacional Socialista” ha sido difusor del modelo de la socialdemocracia y un *mundialismo* político y humanista que ha conducido a la proyección universal de los derechos humanos y a la creación de organismos internacionales, organizaciones no gubernamentales y redes de solidaridad de variado signo basadas en valores y principios que se pretenden mundiales.

Recuperar los aspectos positivos de esa dimensión mundializada de la política, de los problemas sociales y ecológicos, y de lo que genéricamente se denomina “ética planetaria”, es uno de los modos más eficaces de enfrentar en su propio terreno a la ideología del *globalismo*, impuesta por la dictadura neoliberal del mercado y sus escandalosos abusos financieros. Una recuperación que también debe servir para distinguir entre globalización económica y la acelerada transformación “tecnológica” que interconecta y mundializa al instante todo acontecimiento local.

Esta nueva dimensión, con sus luchas y resistencias y el despertar de fuerzas sociales y ciudadanas, plantea alternativas reales y posibles a la globalización económico financiera imperante. Su creciente importancia es parte de una inevitable “segunda mundialización” que —según creemos— ya está en curso y a la que nos referiremos en nuestra intervención.

El origen del globalismo

Nuestra reflexión parte del convencimiento de que el polarizado debate actual alrededor del globalismo, sólo puede superarse a partir de la elaboración de estrategias y proyectos alternativos que tengan en cuenta la vocación integradora, internacionalista y universalista de la historia occidental, en la que América Latina ha desempeñado un papel esencial. “Si se conociera mejor, el siglo XVI de la expansión ibérica nos prohibiría evocar la mundialización como una situación inédita y reciente” –observa Serge Gruzinski en *El pensamiento mestizo*¹– para recordar como a partir del choque de la conquista y la colonización surgió en América una nueva realidad multicultural y mestiza y se desarrolló una reflexión sobre la alteridad que marcó el origen del derecho internacional contemporáneo.

Antes de seguir adelante, debemos remontarnos aún más lejos en el tiempo. Tal vez se debe empezar por recordar que la palabra “global” deriva del latín *globus*, término con que el vocabulario militar designaba el “pelotón”, orden circular en el que se ordenaba la legión romana cuando la rodeaba el enemigo. El emperador Caracalla adoptó esa forma del *globus* como símbolo del imperio. Retomado por los reyes visigodos, los príncipes cristianos le añadieron una cruz, imagen de la esfera coronada de una cruz que aparece en la iconografía religiosa de los siglos siguientes, especialmente en las manos del niño Jesús. El primer globo conocido como representación terrestre retoma en el siglo XV la idea de la universalidad cristiana, identificación del globalismo como espacialidad y encarnación de poder de la que se vanagloria Felipe II, cuando afirmaba que en su imperio nunca se ponía el sol.

Todo análisis de la globalización contemporánea debe inscribirse en esta perspectiva, a la vez percibida como ruptura y como continuidad de la expansión iniciada en el siglo XVI, cuando la humanidad tomó conciencia de la existencia de un Nuevo Mundo y se vio confrontada al reconocimiento de la otredad y a elaborar una propuesta de alteridad, donde el componente de la nostalgia de la unidad del mundo anterior

1. Serge Gruzinski, *El pensamiento mestizo*, Barcelona, Paidós, 2000.

a la torre de Babel, según la versión de la Biblia y la visión platónica de una República de validez universal, planean como justificación y explicación de la nueva mundialización que se instaura.

Sin embargo, desde el primer momento, los signos de la modernidad de alcance global de que era portador occidente provocaron rechazos. El cierre de fronteras y el aislamiento autárquico del Japón del siglo XVIII fue uno de los ejemplos más palmarios, como lo fueran en América las propuestas utópicas indo-cristianas de Bartolomé de las Casas en Verapaz y la de las Misiones de los Jesuitas en el Paraguay, todas ellas cerradas sobre sí mismas. Modelos de sociedades alternativas surgidas en la periferia de un imperio que se enfrentaban al poder hegemónico y a la ideología centralizadora, reflexión y conciencia en la que, no por azar, se inscribió la *Utopía* de Tomás Moro, publicada en 1516.

El género utópico, generalizado a partir de la obra de Moro, se caracteriza por propiciar el aislamiento y la autarquía de las que su carácter insular es el símbolo. La utopía clásica reduce al mínimo las relaciones y contactos con el exterior, especialmente el intercambio económico. La mayoría de los proyectos propugnan la autosuficiencia y son contrarios al comercio y la interdependencia, relaciones que —según esta percepción— están en el origen de los males de la humanidad. Esta característica es constante en las representaciones clásicas de la Edad de Oro, cuyo fin (la aparición de la Edad de Hierro) se produce por el proyecto de viaje y de búsqueda del Vello de Oro por parte de Jasón y los Argonautas, navegación que inaugura los contactos entre pueblos por razones comerciales y acelera el fin de ese período feliz de la historia de la humanidad.

El aislamiento en que vivían las grandes civilizaciones americanas, ignorándose entre sí, pareció dar razón a este principio, modelo que —especialmente en el caso de los incas— inspiró muchos textos utópicos, no sólo en las visiones «pasatistas» y nostálgicas del Inca Garcilaso y de Guamán Poma de Ayala, sino en la perspectiva contemporánea².

2. A la visión idealizada de Louis Baudin en *El imperio socialista de los Incas*, siguen textos como *Buscando un Inca: identidad y utopía en los Andes* de Alberto Flores Galindo (La Habana, Premio Casa de las Américas, 1988).

La mundialización de la cultura

La mundialización, aunque inicialmente fuera la de las mercancías, también fue la de la cultura. Lo comprendió Antonio Nebrija al dedicar su *Gramática de la lengua castellana* a la reina Isabel la Católica en el mismo año 1492 del descubrimiento de América y al vaticinar la importancia de la que sería herramienta fundamental de expansión y unificación del imperio español.

Los valores humanísticos de la cultura occidental a los que se fueron otorgando la categoría de universales, no les fueron a la zaga en esta expansión de signo tan unívoco como equívoco. Pese a los nacionalismos belicosos que obstaculizaban su expansión y de los cuales siguen habiendo radicales expresiones, el discurso de la mundialización no ha hecho más que ir ganando el espacio geográfico terrestre que hoy controla.

América ha sido desde su “descubrimiento” campo experimental de este proceso, del que no pueden olvidarse sus importantes repercusiones actuales. El imperio español, inicialmente aferrado a una soberanía territorial autosuficiente, expresada por el mercantilismo, debió ceder a la visión universal en la que se apoyaba la unidad temporal y espiritual de la Ciudad de Dios de un mundo cuyos límites se habían extendido más allá de la *ecumene*. En ese marco, Francisco de Vitoria y Grotius formulan sus primeros esbozos de un derecho internacional que debía sobrepasar el de los Estados-nación. Para Vitoria, se trata de un derecho de circulación y de inmigración; derecho de comercio internacional, “orden natural” que funda las relaciones de comunicación y de dependencia mutua entre las naciones. Para Grotius, la libre circulación y la comunidad de los mares (*Mare liberum*) dan su verdadera dimensión al globo terrestre. Lo mismo sucede con los ríos y las leyes que rigen su navegación.

En la propedéutica generadora del espíritu cosmopolita, el Siglo de las Luces va más lejos al sostener que el libre intercambio es creador de valores. La noción de libertad individual se complementa con la de poder viajar, comunicarse y comerciar libremente. Entre los viajeros, los científicos establecen con curiosidad de vocación universal las primeras redes de informaciones e intercambios, merced a publicaciones

consagradas al inventario del mundo americano que recorrían, del que Humboldt será su abanderado, como luego lo sería Darwin.

No puede olvidarse además que, a partir del siglo de las Luces, ha habido un *mundialismo* basado en el progreso ciego e infinito de la humanidad, idea del “progreso” que llega prácticamente hasta nuestros días. Pletórico de entusiasmo, McLuhan todavía sostenía en el momento del lanzamiento del Sputnik en 1957 su fe absoluta en el progreso, del cual la electricidad era el tejido que unía en la distancia las partes con el todo, urdimbre que permitiría una descentralización de las ventajas de que era portadora. “La difusión de la electricidad no centraliza, sino descentraliza”, afirmaba convencido, globalización de redes de energía, verdadera tela de araña interconectada que cubre ahora virtualmente el planeta.

Los organismos internacionales que retoman la propuesta filosófica de “la paz perpetua” de Kant plantean inicialmente el *mundialismo* como un movimiento hacia la unificación de las sociedades humanas. Conocido como el *worldism*, el proyecto de “los Estados Unidos del Mundo”, se plasma en la creación de la Sociedad de las Naciones que el presidente Wilson, invocando el pensamiento kantiano, promueve en pleno siglo XX. El sistema de las Naciones Unidas, con sus agencias especializadas (FAO, OMS, UNESCO...), instaurado tras la II guerra mundial será su perfeccionado heredero.

El ideal de la reconciliación universal y de fraternidad entre los pueblos preside otros proyectos de integración mundial que han ido jalando la historia de la expansión de occidente: Condorcet y su propuesta de República universal de las ciencias; la reorganización positiva del mundo por la asociación universal de los industriales de Saint Simon; y más recientemente el pensamiento organicista en su representación biomórfica del mundo como un vasto organismo en el cual todas sus partes son solidarias y están interconectadas.

La *planetización* y la responsabilidad en “masa de la Humanidad” en esa “totalidad cósmica” inmanente sobre la que profetizó Teilhard de Chardin en *Le Phénomène humain* permitió afirmar que el mundo se había transformado en un teatro sin espectadores, donde todos eran actores. Esta creencia se repite en la metáfora de Buckminster Fuller sobre la “nave espacial tierra” (*spaceship earth*). La tierra es un planeta librado

a su suerte en el infinito del universo, donde todos los seres humanos son tripulantes y no sólo pasajeros. Un planeta que es la “casa de todos”, *Cosmocracia* que reivindica en España Martín Ortega Carcelén.

Los signos de una “segunda” mundialización

Pese a estos antecedentes y los textos teóricos que lo respaldan, la globalización económica y tecnológica actual no ha generado todavía una mundialización política, social, cultural o ética a su escala. Sin embargo, aunque todavía no pueda hablarse de una mundialización de los espíritus, hay una noción de lo mundial que se diferencia claramente de la noción del globalismo ideológico, lo que evidencia el esfuerzo por encontrar respuestas al mero imperio de la especulación económica financiera.

Todo indica que estamos asistiendo al inicio de una segunda mundialización, cuyos componentes no serán exclusivamente económicos, sino de civilización, cultura y ciudadanía. Los signos que la anuncian son plurales, por lo que debe hablarse, en realidad, no sólo del proceso de globalización económica, sino de varios procesos simultáneos: políticos (procesos de integración y regionalización), sociales (movimientos de resistencia, contestación, propuestas alternativas a escala internacional) y culturales (hibridación, emigración, exilio, interculturalidad) que han ido creando una conciencia compartida ante problemas comunes, tal como ya sucede con los ecológicos y demográficos.

En efecto, los problemas demográficos, económicos, sociales y ecológicos están mundializados de hecho y sólo pueden encararse a nivel planetario. Los mega-temas ecológicos del medio ambiente —contaminación, reciclaje, recalentamiento del planeta, agujeros en la capa de ozono del hemisferio sur, deforestación de la Amazonía y desaparición progresiva de especies terrestres y marinas—, la escasez y administración del agua y otros recursos no renovables, así como los relativos a la calidad de vida urbana y rural sólo pueden abordarse en una perspectiva mundial. Todos ellos forman parte de preocupaciones sobre el destino del planeta y son objeto de conferencias, declaraciones, estadísticas, cartas y convenciones que aspiran tener validez uni-

versal. Entre ellas está la Convención sobre Cambio climático de 1992 y el Protocolo de Kioto de 1997, aunque su puesta en marcha está jalada de obstáculos y fracasos, como puso en evidencia la conferencia de Estocolmo de 2009.

Desde la catástrofe de Chernobil que demostró en plena guerra fría como las fronteras terrestres y los muros levantados entre países de sistemas políticos enfrentados, podían ser barridos por un viento cargado de amenazas nucleares soplando libremente sobre Europa, hasta el reciente “sunami” en la planta nuclear de Fukushima en Japón, el mundo ha ido cobrando conciencia de que se vive en un sobrecargado planeta con recursos naturales limitados y un medio ambiente cada vez más degradado. Se reconoce, por lo tanto, que para evitar nuevos cataclismos deben establecerse reglas de convivencia y protegerse los espacios comunes: océanos, mares y costas, atmósfera, montañas, bosques y selvas. Esta toma de conciencia de la globalidad de los fenómenos terrestres y de la interdependencia de los componentes de la biósfera ha conducido a una creciente transdisciplinaridad de saberes, otrora cantonados en disciplinas incomunicadas entre sí y han surgido nuevas disciplinas. Es evidente que la globalización económica se amplía día a día con la globalización del conocimiento.

De ahí que pueda hablarse de una “segunda mundialización” en curso, cuyos componentes no son únicamente económicos, sino —repetimos— de civilización, cultura y ciudadanía, cuyo resultado inmediato debe ser encuadrar, frenar y reorientar los procesos oligopolizadores y de mercantilización de todos los aspectos de la vida. También debe servir para combatir el aprovechamiento de las posibilidades de la mundialización por parte del banditismo internacional (mafias, redes de pederastia y prostitución, etc.), el tráfico de drogas, organizaciones para la inmigración ilegal, sectas de ramificaciones transnacionales que se han ido estructurando en el propio seno de la globalización financiera y utilizando sus más sofisticados recursos tecnológicos.

La reacción ética que generan problemas como la tortura, los desaparecidos, el genocidio, el racismo, la pobreza y las guerras étnicas y religiosas, va integrando una vasta urdimbre de solidaridad que rebasa fronteras y se articula en organizaciones y movimientos de todo tipo.

Sus primeros efectos visibles son el surgimiento de una “ciudadanía planetaria” que toma conciencia de problemas comunes –guerra, hambre, tráfico de drogas y personas, deterioro del medio ambiente– y el surgimiento de movimientos de oposición a la globalización oligopolizadora y mercantilista que nos agobia, federados gracias al intercambio de informaciones y conocimientos a través de comunicaciones en la que Internet y las redes sociales que multiplica (Facebook, Twitter, UnyK, Twenty, entre otras) juegan un papel fundamental.

Parte de esta globalización plural y de los instrumentos que anuncia está la renovada vigencia de los derechos humanos y la gravitación de una ética universalizadora de la que fuera portadora la primera Declaración de los Derechos Humanos en el marco de la revolución francesa. La llamada “segunda generación” de los Derechos Humanos –cuya Declaración Universal de 1948 diera un instrumento legal a los principios de la primera– se proyecta ahora con un sentido social y de responsabilidad colectiva. Una verdadera conciencia de la ciudadanía planetaria, donde se invocan “derechos de los pueblos”, ha ido completando la declaración de los derechos humanos individuales y apuesta a ese ciudadano más interdependiente y solidario del futuro, pero que no debería ser por ello menos libre.

Surgen en este contexto esfuerzos por internacionalizar procedimientos judiciales para asegurar su vigencia y aplicación. La creación de un organismo de alcance universal decidida por ciento veinte estados en Roma en 1998, el Tribunal Penal Internacional, confirman una creciente sensibilidad, de la que han sido publicitados episodios el arresto londinense de Pinochet, los pedidos de extradición de criminales de guerra de las dictaduras del Cono Sur del juez Baltasar Garzón y los juicios contra los responsables de los genocidios en los Balcanes. El mundo está cambiando –se reconoce– ya que los derechos humanos que hasta ahora eran el furgón de cola de la globalización en curso, empiezan a tener la fuerza de una locomotora.

Este proceso, según todas las previsiones, se irá acelerando en los próximos años. El siglo *xxi* necesita de una creciente integración consensuada en forma interdisciplinaria entre organizaciones internacionales, gobiernos, asociaciones y organizaciones gubernamentales y no gubernamentales para hacer frente a la mayoría de estos problemas y –por

qué no decirlo— necesita también de una cierta tensión utópica. Porque no es posible proyectar el porvenir de la vida en común sin imaginar un mensaje socializador con vocación de futuro, donde el individuo pueda reconocerse en una sociedad civil movilizadora, donde el envejecido discurso político se haya resemantizado y lo particular articulado sin dificultad en lo universal.

Por lo tanto, según todas las previsiones, el siglo XXI debería instaurar nuevas estructuras coordinadas y consensuadas a nivel internacional para la mayoría de los problemas del planeta. Ello supondrá una redefinición de la visión nacionalista que hoy resulta difícilmente imaginable en el contexto de la internacionalización de los problemas del planeta, tanto los políticos, como los económicos y ecológicos. Se anuncia aquí un espacio esencialmente interdisciplinario y complejo sobre el cual deberá operar la integración futura, especialmente en una región como América Latina, cuya cultura es de por sí integradora de tendencias e influencias.

Esta evolución conlleva una ambivalencia esencial: por una parte ofrece oportunidades crecientes para la apertura intelectual y los acercamientos mutuos y, por otra, multiplica los peligros de uniformización y alienación cultural. Mientras por un lado existe una voluntad de afirmación de la identidad cultural, por otro se extiende la amenaza de su desvirtuamiento debido, sobre todo, a la difusión constante y masiva de paradigmas y modelos foráneos, por medios de comunicación unificadores, homogeneizadores de usos y costumbres. Pero estas ideas no sirven de nada sino se acompañan de un debate y de una reflexión conjunta para esclarecer el camino a seguir y para constituir el procedimiento adecuado para socializar ideas, generar consensos y construir puentes entre concepciones teóricas y acciones concretas.

Para intentar dar respuesta a estas inquietudes proponemos los cuatro puntos siguientes:

- Superar la lógica maniquea
- Articular lo particular en lo universal
- Tener en cuenta la globalización de resistencias y de luchas
- Volver a ser gracias a la utopía

1. *Superar la lógica maniquea*

Las propuestas alternativas, por no decir utópicas, que se propongan desde América Latina deben superar la lógica binaria a la que tradicionalmente ha estado sometido el continente y evitar tanto la tentación de preconizar un nacionalismo voluntarista y defensivo, cuando no victimista, como una entusiasta apertura privatizadora y neoliberal en la que se lanzaron muchos gobiernos en la década de los noventa del siglo pasado y en la que perseveran otros tantos en la actualidad.

La dicotomía entre globalización y fragmentado particularismo no ha solido tener términos medios en América Latina. Sin embargo, los puentes entre los extremos del debate actual son necesarios, por muy compleja que resulte toda aproximación desapasionada. Por ello, frente a la “realidad enmarañada que tenemos ante nuestros ojos” y “la trama de influencias múltiples” que ha generado, no pueden darse simples respuestas maniqueas o catastrofistas³.

Todo impulsa a rechazar la realidad del mundo globalizado, pero todo debe propender a proyectar “otro mundo posible” y construir una “segunda modernidad” entendida como modernidad reflexiva que se viva a sí misma como problema y que sea capaz de elegir en la incertidumbre e interrogarse sobre las consecuencias de los actos. América Latina debe aprovechar esta instancia, no para cerrarse y aislarse o alienarse frívolamente en un consumismo internacionalista, sino para abrirse al resto del mundo, cada vez más interdependiente.

Por otra parte, auspiciosos signos evidencian que la aspiración humana a la diversidad se resiste a toda voluntad de cancelación de diferencias y se opone en variados escenarios del continente a la avalancha homogeneizadora. La originalidad de la cultura americana radica en esa condición de ser universal y estar adscrita en las transformaciones del mundo moderno, sin dejar de estar enraizada.

Gracias a la aparente contradicción entre el énfasis que se pone en proteger valores y modos de pensar y afirmar signos de identidad, al mismo tiempo que se favorecen relaciones interculturales de todo tipo entre áreas culturales diversas, se garantiza el carácter de “organismo

3 Serge Gruzinski, *El pensamiento mestizo*, Barcelona, Paidós, 2000.

vivo y cambiante” de sociedades como las americanas, de otro modo condenadas a la defensa estéril de una forma fija de su identidad.

2. *Articular lo particular en lo universal*

La mundialización no supone una realidad distante y abstracta que se contrapone a lo particular y local. Pensar globalmente y actuar localmente —como propuso la *ecología política* de Ivan Illich⁴— es hoy imprescindible, porque las relaciones sociales, las desigualdades flagrantes, el empobrecimiento, la dominación, tanto como la globalización de la economía y la fragmentación de los particularismos culturales, la exclusión y la marginación no se deciden en los límites circunscriptos de un territorio. Es evidente que no basta con ello. El compacto entramado entre lo local y lo global impone que lo globalmente relevante deba ser también localmente decisivo.

Por ello debe propugnarse un desarrollo auto centrado, autónomo pero no autárquico, con grados de autogestión y de participación ciudadana incrementados y con una visión solidaria tanto a nivel local, como nacional o internacional, acentuando la armonización y la integración de la diversidad en el seno de la unidad. Para desarrollar la capacidad de pensar globalmente y actuar localmente se impone una menor devoción al orden organizativo del plan preconcebido y al dirigismo mesiánico y una mayor confianza en la espontaneidad imaginativa descentralizada, flexible y transversal, capaz de generar una circulación ágil de ideas y propuestas. Se trata —en todos los casos— de pensar los problemas globalmente y actuar regional o localmente, porque muchas respuestas a problemas de carácter mundial (los del medio ambiente, por ejemplo) deben ser internas, respuestas de los habitantes de la región a los que concierne en forma prioritaria el problema.

El pensamiento alternativo al globalismo imperante, debe ser capaz de pensar y actuar tomando en cuenta varios niveles a la vez —local, nacional e internacional— y tanto lo propio como lo común para articularlos simultáneamente, en lo que los artífices de la coexistencia dinámica de lo micro y lo macro y de la modernidad y la tradición, llaman la

⁴ Ver Ivan Illich, *Alternativas*, México, Joaquín Mortiz, 1974; ver también Ivan Illich, *La convivencia*, México, Joaquín Mortiz / Planeta, 1985.

glocalización. Puede en algún caso asumir el carácter de lo particular y expandirlo para darle una inesperada resonancia. Hoy en día, muchas singularidades irreductibles se difunden y consumen a nivel mundial. “La formación de la propia identidad merced a la recuperación de tradiciones perdidas o en trance de perderse, reales o inventadas, es un fenómeno característico” que se está dando en el mundo entero –anota Luís Goytisolo– donde el gusto uniformado combina con la transformación de “todo género de tradiciones perdidas en espectáculo”. Rebuscar en las raíces, resucitar festejos y tradiciones, puede ser un modo de dar “amenidad a la globalización”⁵. Una cultura, en resumen, capaz de articular en una compleja urdimbre cosmopolita lo local, por no decir barrial, con el mundo y donde, no sin paradojas, se pueda demostrar que lo universal es sólo la vocación planetaria de lo local.

En este pasaje, la función de los movimientos locales (las acciones en “el terreno”) que incorporan elementos globales y morales a su acción son fundamentales para articular lo particular en lo universal. En este caso, las acciones son locales sólo en apariencia, ya que pueden ser imitadas, contagiar a escala nacional o regional a otras, función en la que la utopía siempre ha sido pionera. Las “utopías vividas” así lo demostraron, cuando valían la pena vivirse.

Para vivir en un mundo cada vez más interdependiente, hay que aprender a leer las líneas de la evolución contemporánea, a catalizar la diversidad creativa y a vivir en lo intercultural. Para ello se debe pensar globalmente y actuar moralmente. En efecto, hoy en día no se puede actuar sólo “localmente”, como pretendía la fórmula original que sostenía “pensar globalmente, actuar localmente”. Cada acción, aún la más individual, tiene repercusiones en otras acciones colectivas. Por ello, se trata de aprender a ver el bosque y no solo los árboles, pero sobre todo se trata de ver el mundo en la perspectiva de un vasto proceso que va interconectando pueblos y sociedades entre sí en una dinámica acelerada, ajena a gradualismos y marcada por bifurcaciones que representan tanto peligros como oportunidades. Ello no supone pensar en forma vaga o a través de categorías generales o cifras estadísticas. Pensar globalmente es pensar en procesos más que en estructuras, es pensar en términos de

5 Luis Goytisolo, “En torno a la era global. Lúdica Hispania II”, *El País*, Madrid, 25 abril 2001, p.11.

una totalidad dinámica y no en partes estáticas. Hay que saber salir del “circo de las fronteras”—como ya proponía metafórica y poéticamente Víctor Hugo en *La leyenda de los siglos*— pensando en el día en que “toda la tierra será compatriota”.

Antonio Colomer recordaba hace un par de años en *Regenerar la política*, —sintomáticamente subtitulada “Ciudadanos, ¡sed protagonistas!”— la necesidad que la democracia no se redujera al simple derecho de sufragio. Debía suponer un compromiso más permanente y cotidiano en la participación, en los asuntos que interesan a la gente en el día a día y propender a formas cooperativas y autogestionarias, formas de economía solidaria y desarrollar instituciones de democracia directa y semidirecta (referéndum, iniciativa legislativa popular). En este movimiento por la democracia real y la participación ciudadana, la educación para la participación y la enseñanza comunitaria son fundamentales. “Los ciudadanos son de nuevo protagonistas” —se alegra Paolo Flores D’Arcais, editor de la revista *MicroMega*—, sociedad civil que se moviliza buscando darse formas organizativas y creando una vasta alianza democrática.

3. *La globalización de resistencias y de luchas*

La mundialización de la protesta y la creación de nuevas formas de desaprobación es uno de los fenómenos más interesantes que ha asumido la reacción contra la globalización económica, en la medida en que estos contra-poderes trabajan como alternativas en el propio seno del proceso y utilizando sus propias armas, especialmente a nivel comunicacional (correo electrónico, redes sociales, Internet). Estos movimientos se caracterizan por la creciente simpatía y adhesión que generan, popularidad de las acciones que evidencian el vacío de legitimidad de las instituciones que impulsan la globalización económica y la carencia de respaldo democrático y apoyo ciudadano que la caracteriza en forma cada vez más directa.

El fenómeno, con un fuerte contenido utópico, se caracteriza por la multiplicación de tácticas de resistencia global y por la creación de redes de antidisciplina capaces de sabotear las viejas centralidades del poder (eurocentrismo, aún impregnado de un discurso tercermundista condescendiente o paternalista). Las movilizaciones que inicialmente se

desencadenaron contra la reunión de la Organización Mundial de Comercio en Seattle, del Fondo Monetario Internacional, el “otro” Foro de Davos⁶, la evolución de los últimos diez años del Foro Social Mundial celebrado en Porto Alegre sobre “otro mundo posible” siguen buscando respuestas y ofrece alternativas. La última reunión en Dakar en febrero de este año tuvo en cuenta los levantamientos populares en Túnez y Egipto. Según el intelectual senegalés Demba Moussa Dembélé, director del Foro Africano de Alternativas estamos viviendo “Una coyuntura política que no se veía desde años”.

Incluso los denostados socialdemócratas, integrantes de la Internacional Socialista, no quieren permanecer ajenos a esta “movida” internacional. El chileno Ricardo Lagos afirmaba recientemente convencido que: “Hoy podemos ver en muchos rincones del planeta los resultados de la intensa labor de contactos, discusiones, transmisión de experiencias y apoyo mutuo que tiene su origen en la Internacional Socialista”. Tomando el ejemplo de los países árabes movilizados y de varios países africanos, Lagos en compañía de Alpha Condé y George Papandreu sostiene que “todos juntos están engendrando una nueva socialdemocracia mundial y un internacionalismo genuino y renovado con nuevos conceptos y nuevas ambiciones”⁷.

Los Estados Generales internacionales, la Attac y su propuesta de introducir una tasa (la tasa Tobin) a las transacciones financieras internacionales, para restringir la volatilidad de los mercados de capitales está presente en el debate actual de la mayoría de los países de Europa Occidental y en un importante número de países africanos y sudamericanos con una plataforma ampliada, que incluye el control de las decisiones de la Organización Mundial del Comercio, de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico, el Fondo Monetario Internacional, el Grupo de los Ocho y otros organismos.

La constelación de organizaciones que encabezan la lucha antisistema (el colectivo Vamos, Action Direct Network, etc.) y “altermondista” al modo de Oxfam, la revista *Alternatives Sud* que dirige François Houtart van desarrollando una red de acciones concretas que persiguen objeti-

6 En *El otro Davos*, François Houtart y François Polet, Madrid, Editorial Popular, 2001, analizan la globalización de resistencias y de luchas.

7 “Socialdemocracia, solidaridad, internacionalismo”, *El País*, Madrid, 31 marzo 2011, p.35

vos específicos y relevantes, más que fundar macroinstancias o realizar declaraciones principistas genéricas.

En este marco de por sí mundializado se multiplican las iniciativas por un Foro Social Mundial plural, a favor de una sociedad civil sin fronteras (los nuevos ciudadanos del mundo), de la “tierra-patria”⁸ que propone Edgar Morin, la Carta de la Tierra de Leonardo Boff⁹ y surgen episódicas organizaciones neosituacionistas y radical ecologistas. Propuestas para la aplicación universal de los derechos humanos y otras basadas en la fraternidad, altruismo y utopías de la otredad, van configurando una auténtica revolución” alternativa de páginas Web, cuyo medio “subversivo” de comunicación es Internet. Esta mediatización originalmente asumida por movimientos como el de Chiapas, el de los Sin Tierra (MST), el Foro de Sao Paulo, la Cumbre de las Américas, Vía Campesina, *Globalization from below*, Alternativas Libertarias o la propia Marcha Mundial de las Mujeres, se reflejan en portales informáticos con un fuerte contenido de contestación y con diversas propuestas alternativas.

Las recientes revueltas del mundo árabe contra seculares regímenes dictatoriales, han utilizado las herramientas de la mundialización de las comunicaciones. Globalización de resistencias y luchas que pueden observarse en el eco internacional que ha tenido el movimiento 15-M de los “indignados” en España que va mucho más lejos de la plataforma reivindicatoria que esgrimen legítimamente a escala nacional. Basta ver sus repercusiones en Argentina, Colombia y en países europeos donde la pancarta “Basta ya” (en español) es enarbolada, junto a la clásica de “No pasarán” (también en español).

Estas propuestas no son simple reformismo, sino “elementos para la construcción de esa alternativa que se quiere suscitar,” por lo que no hay que tener miedo a “la andadura utópica cuya capacidad heurística y cuya fuerza mayerútica se reivindica”. El principio es que no hay que limitarse a ser antiglobalista, sino creer que “otro mundo es posible”. Dicho de otro modo, la utopía debe seguir siendo la aguafiestas de los lugares comunes y las verdades no cuestionadas. Es interesante en este

8 Edgar Morin, *Terre-Patrie*, Paris, Seuil, 1993

9 Leonardo Boff, *Ética planetaria desde el Sur*, Madrid, Ediciones Trotta, 2001.

sentido la contribución que ha supuesto el *Diccionario del pensamiento alternativo* coordinado por Hugo Biagini y Arturo Andrés Roig como propuesta contra el pensamiento único, la “filosofía de los tiranos en política, de los mercaderes insaciables en economía, de los dogmáticos en universidades e iglesias”. Frente a todas esas versiones de la filosofía única –escribe Roig– las filosofías alternativas siguen vivas. Y no sólo gozan de salud, como lo muestra el *Diccionario*, sino que posee un registro de posibilidades inagotables. Las alternativas que para los tiranos y los dogmáticos son heterodoxas o heréticas, constituyen expresión de las inagotables exigencias de la vida humana en su cambiante y a veces imprevisto devenir; y todavía algo más, que hace directamente a la situación histórica que viven los pueblos, el pensar alternativo es un derecho. Tenemos en consecuencia el derecho a la alternativa, así como tenemos el derecho a la utopía de un mundo mejor”.

4. *Volver a ser gracias a la utopía*

El principio de pensar globalmente, para ser eficaz, se completa por el imperativo de actuar moralmente, es decir, actuar como nos gustaría que otros actuaran. Occidente –y aquí debe incluirse América Latina– está pagando muy caro su incapacidad para inventar un “saber vivir” que sea tan eficaz como el “saber hacer” que reivindica en los órdenes de la producción y de la economía. Debe invertirse el axioma occidental de que “hacer y tener es más importante que ser”. Más que nunca debe volver al ser.

Para ello, no se debe temer apelar a una responsabilidad mundializada, a una “hospitalidad” (“Somos huéspedes unos de otros”, como dice George Steiner) que fuera más allá del individualismo autonómico y autosuficiente y tuviera en cuenta la vulnerabilidad, la fragilidad y aún la imprevisibilidad del ser humano.

En esta perspectiva y como un secreto mecanismo de compensación, mientras se globaliza la economía financiera y se multiplican las amenazas de homogeneización cultural, el individuo como sujeto central de preocupaciones retoma un espacio en casi todas las disciplinas, donde los aspectos institucionales o meramente ontológicos ceden su prioridad al individuo. El enfermo en medicina, el alumno en la enseñanza, la víctima de dictaduras, guerras y genocidios, son el objeto

de estudios que antes priorizaban, respectivamente, la enfermedad, la escuela o la universidad, las ideologías en nombre de las cuales se oprimía, censuraba, encarcelaba, torturaba o mataba.

Basta ver como unidos por similares preocupaciones se intenta zurcir el herido tejido social de la sociedad; aprovechando el capital social desperdiciado; y buscando cómo integrar movimientos sociales espontáneos, asociativos, alternativos o de protesta —como el que ha surgido en España con los “indignados” del 15-M— a una dinámica solidaria; cómo satisfacer esa necesidad de *otra* política que subyace en la aparente indiferencia ciudadana, cómo dar oportunidades a “*otras* lógicas” y ser cómplice de nuevos escenarios que puedan generar otros espacios. De ahí las consignas de “el otro Davos” y del Foro Mundial de las Alternativas: es tiempo de revertir el curso de la historia, “ha llegado el tiempo de las convergencias” y el de “despertar la esperanza de los pueblos”. En resumen: “Apropiémonos del porvenir”.

Este espíritu de insatisfacción que muchas veces se opone a la razón positiva es un reactivo a la apatía a la que considera negativa y peligrosa, esa “segunda derrota” que aqueja a muchos decepcionados a quienes la “desestructuración de la esperanza social”¹⁰ ha golpeado duramente, tanta utopía y pasión se ha perdido en el camino.

América Latina poseedora de una larga tradición de pensamiento alternativo ya ha iniciado el camino de revertir el curso de la historia. Sigamos, pues, insatisfechos, más allá del conformismo de los globalizados y del pesimismo de los resignados. Cinco siglos largos de pensamiento utópico nos acompañan. Tan convencido estoy de ello que, para terminar, me gustaría hacer mía una cita que no recuerdo donde la he leído ni quién la dijo: “He visto un futuro mejor y funciona”.

10 José María Vigil, *Aunque es de noche*, Madrid, Acción cultural cristiana, Madrid, 2000.